El Fenómeno Irónico en la Desmitificación de la Revolución Mexicana

*Clara Irene Armendáriz Armendáriz**

La manifestación irónica es la característica que define con mayor objetividad las novelas que aquí se analizan. Hablar de ironía no significa siempre lo mismo, en tanto que aquélla tiene múltiples interpretaciones. Consecuentemente, es menester especificar la clase de ironía que se plantea en el análisis de *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia y de *Columbus* de Ignacio Solares.

El primero de los dos tipos de ironía a los que se refiere este ensayo, tiene su origen en una teoría expuesta primero por Carlos Bousoño, y después por Peter Roster Jr. El principio de esta propuesta se basa en la suposición de que tanto palabras como situaciones, acciones o sentimientos tienen una secuencia lógica natural. De este modo, cuando alguna de ellas no sigue su trayectoria racional esperada, sino que se desvía del camino correspondiente, se dice que hay una ruptura del sistema. Este conducir al lector en un sentido determinado, y luego apartarse bruscamente de dicho sendero para llegar a otro totalmente diferente, llevan al lector a concebir ciertas expectativas que no sólo no llegan a cumplirse, sino que muchas veces resultan totalmente opuestas. El desgarrón que se produce cuando esto sucede, según Bousoño, conduce al chiste o a la poesía. Roster amplía el concepto y, de acuerdo con él, esta ruptura también puede llevar directamente a la ironía. Éste es el sentido que se le da a dicho concepto en el análisis de *Los relámpagos de agosto.*

Por otro lado, la modalidad irónica que se utiliza en el estudio de *Columbus* es aquélla a la que Culler apunta cuando menciona el contraste entre dos entidades en conflicto, comúnmente el de apariencia y realidad. Esta consideración se limita a aquellos pasajes en los que ocurre la mencionada ruptura del sistema en *Los relámpagos de agosto,* y donde se presenta el conflicto de apariencia y realidad en *Columbus*, ya que en ambos casos se consigue la degradación del mito de la Revolución Mexicana.

La acción del general Arroyo, el narrador de *Los relámpagos de agosto*, comienza con la carta que le envía el Presidente Electo, General Marcos González, para pedirle que se haga cargo de su Secretaría Particular. Su primera reacción es la de festejar en el casino con sus amigos, y durante esta celebración, Arroyo comenta los motivos de su nombramiento:

> En realidad lo que mayor satisfacción me daba era que por fin mis méritos iban a ser reconocidos de manera oficial... ¿Por qué de entre tantos generales… en el Ejército Nacional había González de escogerme a mí para Secretario Particular? Muy sencillo, por mis méritos,… y además porque me debía dos favores.(1)

El rompimiento que se da a la secuencia lógica y natural del episodio, ocurre cuando el narrador llega a la conclusión de que González, el Presidente Electo, lo elige a él debido a sus méritos y a que aquél le debe dos favores. Esta segunda parte que aparece como una mención sin importancia, es en realidad el verdadero motivo de su nombramiento. El narrador Arroyo guía al lector hacia un destino falso, para luego cambiarle bruscamente el lugar del arribo. En pocas palabras, el lector primero tiene una percepción y luego una reacción. El pasaje sufre, en su segunda parte, un rebajamiento ordinario en el planteamiento ideal que hace el narrador en primera instancia. El protagonista habla de sus altos merecimientos para ocupar el cargo de Secretario Particular del Presidente que, en realidad, éstos se reducen a la pedestre realidad de que González se siente en deuda con él. En dos pinceladas, el autor dibuja la frívola y cínica personalidad del general Arroyo, quien sabe exactamente cuáles son sus "méritos". Además, de paso, habla del ambiente superficial y convenenciero en el que aquél se mueve, y también de los "valores" sobreentendidos que se manejan en ese círculo político. De este modo, la gran Revolución queda avalada por dos generales posrevolucionarios: uno de ellos extremadamente cínico, y el otro, un político de altos vuelos que se rebaja a sí mismo al practicar el compadrazgo con quien tiene deudas morales inconfesables.

Por otro lado, la ironía vestida en esta ocasión del conflicto entre apariencia y realidad en *Columbus*, ayuda al lector a encontrar una

*Doctora en Filología por la Universidad Complutense de Madrid, España. Profesora-Investigadora de la Sección de Estudios de Posgrado e Investigación de la UPIICSA. Correo electrónico: carmendariz@ipn.mx.

(1) Ibargüengoitia, Jorge, *Los relámpagos de agosto*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1998, p. 12.

nueva dimensión de degradación de la gesta revolucionaria. Lo anterior se presenta de manera muy visible en algunos episodios como el que señala a Villa como a un personaje veleidoso:

> Villa ya lo tenía decepcionado... y no sólo por su barbarie y crueldad, sino sobre todo por su inestabilidad ideológica. Hoy peleaba contra los gringos, pero más por el reconocimiento que le dieron al gobierno de Carranza y porque no le entregaron unas armas que ya tenía pagadas... que por verdadera convicción política. Pero si Villa había sido pro gringo hasta hace poco, hombre. ¿Sabía yo del contrato que firmó con una compañía cinematográfica norteamericana para que lo filmaran en exclusiva? ¿Y sabía que cuando la invasión a Veracruz, el año anterior, Villa aceptó los hechos y ofreció no intervenir? Incluso le mandó un sarape de Saltillo al general Hugh L. Scott, encargado de la invasión. . .(2)

Los contrastes de apariencia y realidad ocurren entre el supuesto patriotismo de Villa y su pactada no intervención con los invasores norteamericanos a Veracruz; el odio de todos sabido del Centauro del Norte por los norteamericanos y el envío que este último hace de un sarape de Saltillo como regalo al invasor; la firmeza de convicciones políticas del caudillo y el contrato firmado por éste con una compañía cinematográfica norteamericana para que ésta lo filmara en exclusiva. Este episodio señala a un Villa hasta ahora desconocido por los lectores. Esta última imagen de él no corresponde en absoluto a la idea que se tiene del caudillo como patriota, firme en sus convicciones y enemigo acérrimo de los norteamericanos. Irónicamente, de acuerdo con el pasaje, Villa es todo lo contrario de lo que se piensa y de lo que dice la historia oficial de él. Los conflictos de apariencia y realidad devienen en una fuerte desmitificación de la figura del gran caudillo revolucionario y, con ella, se devalúa también al movimiento armado en su totalidad, puesto que éste es el sustento y la razón de ser del personaje.

En *Los relámpagos de agosto,* la Revolución continúa rebajándose a lo largo del libro con la utilización de la ironía como ruptura del sistema. En este caso, el quiebre del sistema sobreviene durante la intervención de otro personaje revolucionario de la novela, además del narrador Arroyo. Éste es uno de los fragmentos en que el narrador Arroyo se encuentra con Germán Trenza, el Jefe de la Zona Militar de Tamaulipas:

> [M]e explicó a grandes rasgos la situación: el fallecimiento de González dejaba a la Nación sumida en el caos; la única figura política de importancia en ese momento era Vidal Sánchez, el Presidente en funciones quien, por consiguiente, no podía reelegirse; así que urgía encontrar entre nosotros, alguien que pudiera ocupar el puesto, garantizando el respeto a los postulados sacrosantos de la Revolución... me dijo:
>
> —Otra cosa que debemos exigir a la persona que escojamos para Presidente,... es que respete las promesas que nos hizo el viejo.(3)

La ruptura del sistema emerge claramente en la cita cuando Trenza agrega al final un inocente comentario adicional, que es en realidad lo más importante para ellos: asegurar los puestos que el difunto Presidente Electo les había prometido. La conversación de los amigos se lleva de tal forma que todo parece indicarle al lector que aquéllos se preocupan mucho de que los "sacrosantos" postulados de la Revolución se cumplan cabalmente. Sin embargo, el último comentario de la conversación, hecho de manera tangencial, soltándolo Trenza así nada más, como un pequeño agregado inocuo, revela abruptamente lo que realmente está en el fondo de su desasosiego. Los principios de la Revolución tienen sin cuidado a los generales; no así la posibilidad de perder los puestos prometidos por el Presidente Electo fallecido. La contienda militar, de nueva cuenta, se ve empañada por la estrecha asociación de ésta con los militares en cuestión, toda vez que éstos sólo piensan en su provecho personal, y no en el interés de la mayoría ciudadana.

Por su parte, Solares en *Columbus* sigue logrando el mismo efecto de la desmitificación del movimiento revolucionario, a través del contraste irónico de apariencia y realidad. Esta vez, el autor se vale de ciertas estrategias de tipo teatral o cinematográfico. El narrador Treviño relata la entrada de los villistas a Ciudad Juárez para combatir a los soldados huertistas en noviembre del año trece. Cuenta también cómo la gente de allí se congrega en las colinas y lleva comida como a un día de campo para contemplar el espectáculo de la batalla desde una tribuna segura:

> [V]imos llegar más villistas—un verdadero huracán de caballos—bajando a todo galope por el lomerío del panteón... No parecían seres vivos sino fantasmales. Cientos de caballos envueltos en nubes de polvo y en un sol radiante... Luego me enteré de que los villistas acostumbraban lanzar algunas ramas de mezquite y las arrastraban a cabeza de silla con el objeto

(2) Solares, Ignacio, *Columbus*, México, Editorial Alfaguara, 1996, p. 109.

(3) Ibargüengoitia, Jorge, *Los relámpagos de agosto*, ed. cit., pp. 17-18.

> de levantar más polvo. Doscientos hombres, con sus ramas... daban la impresión de ser muchos más, el doble o el triple, por la polvareda que levantaban. Algo muy teatral, pero efectivo... No faltaba el que llevaba binoculares y los prestaba. Al tenerlas cerca, las escenas resultaban un poco más reales... (la) llegada de... (los) *dorados* pareció precipitar las cosas... Entonces empezó la desbandada, lo que provocó un alarido general en los espectadores. . .(4)

La Revolución Mexicana, en este episodio, pierde seriedad y respeto porque se muestra como un espectáculo ficticio montado a propósito en un escenario de teatro o en un plató cinematográfico. Los dos planos están siempre presentes: el del escenario y el de la tribuna del público. En el proscenio se representa la contienda armada, mientras que la gradería está ocupada por un público de ciudadanos comunes que contemplan divertidos la función. Los villistas, por su parte, se valen de algunos artificios teatrales/cinematográficos para engañar a sus enemigos, en tanto que al levantar la gran polvareda con el arrastre de ramas de árbol por la tierra, logran hacerles creer que su contingente es muy superior a lo que es en la realidad. Por otra parte, los espectadores se comportan como si estuvieran en una función de teatro: llevan binoculares para acercarse las escenas y así sentir que éstas son verdaderas. El contraste irónico de apariencia y realidad se manifiesta en ambos planos: los villistas en el "escenario" aparentan ser lo que no son, y el público, que tiene la certeza de observar lo que es real, simula estar contemplando una batalla irreal, un espectáculo ficticio. En este episodio, consecuentemente, la Revolución pierde importancia al ser proyectada como un suceso artificial que puede actuarse y, al mismo tiempo, ser contemplada como una distracción para el disfrute y entretenimiento de un público que presencia el movimiento armado desde un palco.

En la labor de Ibargüengoitia de degradar la Revolución Mexicana en *Los relámpagos de agosto,* a través de la ruptura del sistema, el autor se vale tanto de ironías situacionales como de ironías verbales. Asimismo, existen episodios de ironías verbales/situacionales donde ocurre este mismo fenómeno del rompimiento. Tal es el pasaje en el que Juan Valdivia—candidato de los militares posrevolucionarios para Presidente Interino de la República—anda por todo el país en campaña pronunciando discursos:

> Juan Valdivia llegó a Vieyra... y en la estación echó un discurso elocuentísimo, prometiéndoles a todos sus simpatizadores Reforma Agraria y Persecución Religiosa, lo que nos costó perder el apoyo del… hacendado. El populacho, en cambio, que habíamos llevado allí con muchos trabajos, pagándoles a dos pesos por cabeza, se mostró encantado y casi tuvimos un motín cuando Juan dijo: "Todavía quedan muchas alhóndigas por quemar"... Al final del banquete dijo otro discurso, en el que prometió Créditos y Seguridad en el Campo, que le valió una estruendosa ovación de los allí presentes. Juan era un candidato perfecto, tenía una promesa para cada gente y nunca lo oí repetirse... ni lo vi cumplir ninguna, por cierto.(5)

El pasaje muestra dos ocasiones en que hay ruptura del sistema. La primera se presenta cuando el narrador menciona que un hacendado retira su apoyo a la campaña de Juan porque no le gustó el discurso anticlerical de éste. Luego menciona enseguida, "el populacho en cambio", es decir, a diferencia del hacendado disgustado, aquél estaba encantado. Acto seguido, el mismo narrador dice que el propio populacho casi arma un motín por la referencia de Juan a las alhóndigas. En suma, el populacho, llevado allí con sobornos, tampoco quedó satisfecho con las palabras del orador. No obstante, se encamina al lector a creer que con el pueblo va a ser diferente a lo ocurrido con el hacendado, pero para su sorpresa, no es así. La segunda vez que sucede el quiebre del sistema es cuando el narrador Arroyo ensalza a Juan Valdivia como candidato y como orador, en tanto que hace discursos a la medida de la audiencia y, finalmente, dice de él que nunca cumplió ninguna de sus promesas. De nuevo, se trata de elevar a una persona para luego dejarla caer de las alturas y así destruir la imagen creada, con lo cual el lector experimenta una ilusión y luego una decepción. Esto mismo sucede con el movimiento revolucionario, puesto que en este episodio el candidato a Presidente de la República promovido por los militares posrevolucionarios promete mejoras extraordinarias para el agro mexicano, lo cual ilusiona mucho a la gente del campo. No obstante, estas promesas jamás llegan a cumplirse, y esto llena de desilusión a la misma gente. En ambos casos se observa primero un movimiento ascendente y luego uno que desciende en picada. La Revolución, entonces, recibe un nuevo revés, puesto que el pasaje exhibe las sucias prácticas de las falsas promesas, los engaños y los sobornos al pueblo por parte de los militares posrevolucionarios que así actúan en nombre del movimiento.

(4) Solares, Ignacio, op. cit. pp. 27-29.
(5) Ibargüengoitia, Jorge, *Los relámpagos de agosto*, ed. cit. p. 50.

Este mismo proceso de desmitificación de la contienda revolucionaria se sigue llevando a cabo a través de la ironía en forma de apariencia y realidad en la novela *Columbus*, una vez más en la legendaria figura de Pancho Villa. En la cita anterior, relacionada con el caudillo, un tercer personaje habla de él. En este episodio, en cambio, es el propio Villa quien pronuncia un discurso incendiario ante sus subalternos para convencerlos de que entar a la ciudad de Columbus a matar "gringos" es un acto nacionalista de justicia y de dignidad:

> Fueron los gringos quienes utilizaron al traidor Victoriano Huerta para derrocar al presidente Madero. Así como hoy utilizan al traidor de Carranza para apoderarse del país... Hablan de democracia... pero a nosotros nos tratan como animales... eso somos para ellos. O nos utilizan o nos roban o nos rocían con gasolina y luego nos prenden fuego, como acaba de suceder hace unos meses con cuarenta mexicanos que intentaban cruzar legalmente el puente del Río Bravo. Ahora ya andan otra vez con querernos invadir porque dizque nosotros mismos no sabemos gobernarnos,... pero... nosotros nos les vamos a adelantar. Hoy sólo entramos un ratito aquí a Columbus, les damos unos trancazos y nos regresamos, para que vean que no les tenemos miedo... No vamos a parar hasta vengar tanta ofensa... Entonces habrá paz... y nuestros hijos heredarán una tierra libre y digna.... Tuvo que interrumpirse porque las lágrimas ya no lo dejaron continuar y quizá fueron esas lágrimas las que terminaron de inflamar nuestro ánimo para levantar al unísono nuestras armas:
>
> — ¡Viva Villa! ¡Viva el presidente Madero! ¡Viva México! ¡Mueran los gringos!
>
> Pero Villa no entró a Columbus—nunca he entendido por qué después de cómo nos habló—, se quedó en Palomas, y Pablo López salió al frente… .(6)

El pasaje deja traslucir muy evidentemente las grandes motivaciones del caudillo para justificar su odio y su deseo de venganza en contra de los vecinos del norte. Todo parece indicar que él es el primero que va a lanzarse a matar norteamericanos, porque las ofensas de éstos hacia México, las siente Villa en carne propia. Él solo no puede emprender una lucha en contra de un poderoso país, por lo que arenga a sus soldados con un ardiente discurso para incitarlos a luchar. No obstante, después de prender el fuego de la pasión por la venganza en sus hombres, Villa se abstiene de participar en el combate, y deja entrar a Columbus a sus *Dorados* al mando de su lugarteniente Pablo López. El propio Treviño, narrador de la historia, se muestra sorprendido de que Villa haya decidido no participar en esta lucha tan importante para él. No entiende la razón por la que Villa decide no tomar un papel activo en este combate, como tampoco lo entiende el lector. Los motivos del caudillo no se esclarecen dentro de la novela, y este acontecimiento deja en los lectores un sabor de decepción en la boca. En apariencia, Villa va a lanzarse furioso en contra de los norteamericanos; lo que sucede en realidad, es que el Centauro del Norte no entra en combate. El fenómeno irónico de apariencia y realidad pone al movimiento de la Revolución Mexicana en entredicho, toda vez que uno de sus más insignes caudillos dice una cosa con mucho ardor y convencimiento y, a la hora de actuar, hace todo lo contrario de lo que se espera de él. De modo que por asociación o por extrapolación de valores, la descalificación de Villa alcanza a la gesta revolucionaria, por lo que ésta queda desmitificada una vez más.

El quiebre brusco que representa el fenómeno irónico de ruptura del sistema en *Los relámpagos de agosto*, así como la manifestación del contraste de apariencia y realidad en *Columbus*, aparecen como dos expresiones de un solo fenómeno que es la ironía. Estas demostraciones prueban ser poderosas herramientas utilizadas magistralmente por los autores de las dos novelas, para lograr la desmitificación de la Revolución Mexicana en su conjunto.

(6) Solares, Ignacio, op. cit. pp. 169-170.

Bibliografía

Bousoño, Carlos, *Teoría de la expresión poética,* Madrid, Gredos, 1976.

Culler, Jonathan, en Ballart, Pere, *Eironeia: La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994.

Ibargüengoitia, Jorge, *Los relámpagos de agosto,* México, Joaquín Mortiz, 1998.

Roster, Peter, Jr. *La ironía como método de análisis literario: la poesía de Salvador Novo,* Madrid, Gredos, 1978.

Solares, Ignacio, *Columbus,* México, Alfaguara, 1997.